

Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:
«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga),
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afaño;
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
Ardillas también serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

FÁBULA XXXII.

EL GALAN Y LA DAMA.

(Cuando un autor ha llegado á ser famoso todo se le aplaude.)

Cierto Galan á quien París aclama
Petimetre del gusto más extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,
Celebrando los días de su dama,
Unas hebillas estrenó de estaño,
Sólo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.
«Bella plata! ¡qué brillo tan hermoso!
(Dijo la dama): ¡viva el gusto y número
Del Petimetre, en todo primoroso!»
Y ahora digo yo: llene un volumen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emplumen.

FÁBULA XXXIII.

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA.

(También en la literatura suele dominar el espíritu de paisanaje.)

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ellas se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este á la hormiga alaba, aquél al perro;
Quién á la Abeja, quién al Papagayo.
«No (dijo el Avestruz): en mi dictamen
No hay más bello animal que el Dromedario.»
El Dromedario dijo: «Yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.»
Ninguno adivinó por qué motivo
Tan raro gusto acreditaban ambos.
¿Será porque los dos abundan mucho?
¿O por tener los dos los cuellos largos?
¿O porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?
¿O puede ser también..... «No es nada de eso
(La Zorra interrumpió); ya dí en el caso.
¿Sabeis por qué motivo el uno al otro

Tanto se alaban? Porque son paisanos» (1).
En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

FÁBULA XXXIV.

EL CUEBVO Y EL PAVO.

(Cuando se trata de notar los defectos de una obra, no deben censurarse los personales de su autor.)

Pues, como digo, es el caso
(Y vaya de cuento)
Que á volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.
Al término señalado
Cuál llegó primero,
Considerélo quien de ambos
Haya visto el vuelo.
«Aguárdate (dijo el Pavo
Al cuervo de lejos):
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.
»Escucha: también reparo
(Le gritó más recio)
En que eres un pajarraco
De muy mal agüero.
»Quita allá, que me das asco,
Grandísimo puerco:
Si, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.
»—Todo eso no viene al caso
(Le responde el Cuervo),
Porque aquí sólo tratamos
De ver qué tal vuelo.»
Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

FÁBULA XXXV.

LA ORUGA Y LA ZORRA.

(La literatura es la profesion en que más se verifica el proverbio:
¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.)

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que, á presencia de animales varios,
La Zorra adivinó por qué se daban
Elogios avestruz y dromedario:
Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo;
Examinante, crecen los aplausos;
Y aún el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.
Desde un rincón la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.
Preguntábase, pues, unos á otros:
«¿Por qué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordamos alabamos?»
Saltó la Zorra y dijo: «¿Pese á mi alma!
El motivo no puede estar más claro.
¿No sabeis, compañeros, que la Oruga
También labra capullos, aunque malos?
¿Laboriosos ingenios perseguídes!
¿Queréis un buen consejo? Pues, cuidado:
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagais más que contarles este caso.

(1) *Amor patria valentior omne.* (Ovid., *Ex Ponto*, epist. III, lib. I.)

FÁBULA XXXVI.

LA COMPRA DEL ASNO.

(A los que compran libros sólo por la encuadernacion.)

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el pollino,
Lazos, cascabels
Y otros atavíos.
Y hechos á tijera
Con arte prolijo,
En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
Que es, según me han dicho,
Un chalan gitano
De los más ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillito;
Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.
Volviendo á su casa,
Mostró á sus vecinos
La famosa compra;
Y uno de ellos dijo:
«Veamos, compadre,
Si este animalito
Tiene tan buen cuerpo
Como buen vestido.»
Empezó á quitarle
Todos los alifios,
Y bajo la albarda,
Al primer registro,
Le hallaron el lomo
Azaz mal-ferido,
Con seis mataduras
Y tres lobanillos,
Amén de dos grietas,
Y un tumor antiguo,
Que bajo la cincha
Estaba escondido.
«Burro (dijo el hombre)
Más que el Burro mismo
Soy yo, que me pago
De adornos postizos.»
A fe que este lance
No echaré en olvido,
Pues viene de molde
A un amigo mio,
El cual á buen precio
Ha comprado un libro
Bien encuadernado,
Que no vale un pito.

FÁBULA XXXVII.

EL BUEY Y LA CIGARRA.

(Muy necio y envidioso es quien afea un pequeño descuido en una obra grande.)

Arando estaba el Buey; y á poco trecho,
La Cigarra, cantando, le decía:
«Ay, ay! qué surco tan torcido has hecho!»
Pero él la respondió: «Señora mía,
Si no estuviera lo demás derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la haragana reparona;
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona
Entre tantos aciertos un descuido.»
¿Miren quién hizo á quién cargo tan fútil!
Una Cigarra al animal más útil.
Mas ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

FÁBULA XXXVIII.

EL GUACAMAYO Y LA MARMOTA.

(Ordinariamente no es escritor de gran mérito el que hace venal el ingenio.)

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo
(Que savoyano sería)
Por dinero una alimaña
Enseñaba, muy feota,
Dándola por cosa extraña;
Es á saber, la Marmota.
Salía de su cajón
Aquel ridículo bicho;
Y el ave desde el balcon
Le dijo: «¡Raro capricho!
»Siendo tú fea, ¡que así
Dinero por verte den,
Cuando siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven!
»Puede que seas, no obstante,
Algun precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal.»
Oyendo esto un mal autor,
Se fué como avergonzado.—
¿Por qué?— Porque un impresor
Le tenía asalariado.

FÁBULA XXXIX.

EL RETRATO DE GOLILLA.

(Si es vicioso el uso de voces extranjeras modernamente introducidas,
también lo es, por el contrario, el de las anticuadas.)

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenerle con una conseja;
Y porque le traiga más contentamiento,
En su mismo estilo referirle intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.
No sin hartos celos un pintor de hogañío
Via cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño;
Y el no remedallos á mengua tenta:
Por ende, queriendo retratar un día
Á cierto rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.
Segundo Velazquez creyó ser con esto;
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó desque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.
Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcon.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipes Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endomó un bolsón.
«Con estas monedas, ó siquier medallas
(El pintor le dice), si voy al mercado
Cuando me cumpliere mercar vituallas,
Tornaré á mi casa con un buen recado.
—¿Pardiez! (dijo el otro), ¡no me habeis pintado
En traje que un tiempo fué muy señorial,
Y agora le viste sólo un algnacil?
Cuál me retratasteis, tal os he pagado.
»Llevaos la tabla, y el mi cerbatín
Pintadme al proviso en vez de golilla;
Cambiadme esa espada en el mi espadín,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto;

Vuestra paga entónces contaros-he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¡No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

FÁBULA XL.

LOS DOS HUÉSPEDES.

(Las portadas ostentosas de los libros engañan mucho.)

Pasando por un pueblo
De la montaña,
Dos caballeros mozos
Buscan posada.
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.
Porque á ninguno quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van á hospedarse.
De ambas mansiones
Cada Huésped la suya
A gusto escoge.
La que el uno prefiere
Tiene un gran patio
Y bello frontispicio,
Como un palacio:
Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene,
Hecho de piedra.
La del otro la vista
No era tan grande;
Mas dentro no faltaba
Dónde alojarse;
Como que había
Piezas de muy buen temple,
Claras y limpias.
Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, además de estrecho,
Obscuro y frío:
Mucha portada,
Y por dentro desvanes
Á teja vana.
El que allí pasó un día
Mal hospedado,
Contaba al compañero
El fuerte chasco;
Pero él le dijo:
«Otros chascos como ése
Dan muchos libros.»

FÁBULA XLI.

EL TÉ Y LA SALVIA.

(Algunos sólo aprecian la literatura extranjera, y no tienen la menor noticia de la de su nación.)

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: «¿Adónde vas, compadre?
— Á Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
— Yo (respondió la Salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina (1).
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
— Anda con Dios. No perderás el viaje;
Pues no hay nación alguna
Que á todo lo extranjero

(1) Los chinos estiman tanto la salvia, que por una caja de esta hierba suelen dar dos, y á veces tres, de té verde. Véase el *Diccionario de Historia natural*, de M. Valmont de Bomare, en el artículo *Sauge*.

No dé con gusto aplausos y dinero.»

La Salvia me perdona,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defendería lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio;
Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

FÁBULA XLII.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO.

(Por más ridículo que sea el estilo retumbante, siempre habrá necios que le aplaudan, sólo por la razón de que se quedan sin entenderle.)

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construcción orgánica,
Como hábiles que son en la botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también y sudoríficas.
En esto era gran práctico y teórico
Un Gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.
Yendo á caza de plantas salutaríficas,
Dijo á un lagarto: «¡Qué ansias tan mortíferas!
Quiero por mis turgencias semihidrópicas,
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.»
Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo,
De hojas de girasol llenó el ventriculo,
Y le dijo: «Ya, en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.»
¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!!
Si; que hay quien tiene la hinchazón por mérito,
Y el hablar liso y llano por demérito.
Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas y metáforas diabólicas,
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo-enigmático.

FÁBULA XLIII.

LA MÚSICA DE LOS ANIMALES.

(Cuando se trabaja una obra entre muchos, cada uno quiere apropiársela si es buena, y echa la culpa á los otros si es mala.)

Atencion, noble auditorio,
Que la bandurria he templado,
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.
En la corte del leon,
Día de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Cayeron que una academia
De música era del caso.
Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del ruiseñor,
Ni del mirlo se acordaron,
Ni se trató de calandria,

De jilguero ni canario.
Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron á tomar
La diversion á su cargo.
Antes de llegar la hora
Del canticio preparado,
Cada músico decía:
«Ustedes verán qué rato!»
Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado,
Compuesta de los siguientes
Diestrísimos operarios.
Los triples eran dos grillos;
Rana y cigarra, contraltos;
Dos tábanos los tenores;
El cerdo y el burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado
La música sonaria,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los más
Los orejas se taparon,
Y por respeto al leon,
Disimularon el chasco.

La rana por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habian de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Saltóse del corro y dijo:
«¡Cómo desentona el asno!»
Este replicó: «Los triples
Si que están desentonados.—
Quien lo echa todo á perder
(Añadió un grillo chillando)
Es el cerdo.—Poco á poco
(Respondió luego el marrano);
Nadie desafina más
Que la cigarra, contralto.—
Tenga modo, y hable bien
(Saltó la cigarra); es falso;
Esos tábanos tenores
Son los autores del daño.»
Cortó el leon la disputa,
Diciendo: «¡Grandes bellacos!
¡Antes de empezar la solfa,
No la estáis celebrando?
Cada uno para sí
Pretendia los aplausos,
Como que se debería
Todo el acierto á su canto.
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y á los otros hace cargos.
Jamás volvais á poneros
En mi presencia: ¡mudaos!
Que si otra vez me cantais,
Tengo de hacer un estrago.»
¡Así permitiera el Cielo
Que sucediera otro tanto
Cuando, trabajando á escote
Tres escritores ó cuatro,
Cada cual quiere la gloria
Si es bueno el libro, ó mediano,
Y los compañeros tienen
La culpa si sale malo!

FÁBULA XLIV.

LA ESPADA Y EL ASADOR.

(Contra dos especies de malos traductores.)

Sirvió en muchos combates una espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La más famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes
Hasta que por extrañas accidentes
Vino, en fin, á parar (¡quién lo diría!)

Á un obscuro rincón de una hostería,
Donde, cual mueble inútil arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada,
Por mandado de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina,
Atravesó con ella una gallina,
Y héteme un asador hecho y derecho
La que una espada fué de honra y provecho.
Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierta recién llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.
Un asador que en su cocina había
Luégo desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se le vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué mentecato el posadero.
Mas ¡de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nación quejarse no podría
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas;
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

FÁBULA XLV.

LOS CUATRO LISIADOS.

(Las obras que un particular puede desempeñar por sí solo, no merecen se emplee en ellas el trabajo de muchos hombres.)

Un mudo á *nativitate*,
Y más sordo que una tapia,
Vino á tratar con un ciego
Cosas de poca importancia.
Hablabá el ciego por señas,
Que para el mudo eran claras;
Mas hizole otras el mudo,
Y él á obscuras se quedaba.
En este apuro, trajeron,
Para que los ayudara,
A un camarada de entrambos,
Que era manco por desgracia.
Este las señas del mudo
Trasladaba con palabras,
Y por aquel medio el ciego
Del negocio se enteraba.
Por último resultó,
De conferencia tan rara,
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.
«Compañeros, saltó el manco,
Mi auxilio á tanto no alcanza;
Pero á escribirla vendrá
El dómine, si le llaman.—
» ¡Qué ha de venir (dijo el ciego),
Si es cojo, que apenas anda!
Vamos, será menester
Ir á buscarle á su casa.»
Así lo hicieron; y al fin
El cojo escribe la carta;
Dictanla el ciego y el manco,
Y el mudo parte á llevarla.
Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba;
Mas, como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.
Y á no ser porque há tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos más de cien almas,
Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada

Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa
Cuando, juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

FÁBULA XLVI.

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS.

(No ha de considerarse en un autor la edad, sino el talento.)

Un Gallo, presumido
De luchador valiente,
Y un Pollo algo crecido,
No sé por qué accidente
Tuvieron sus palabras, de manera
Que armaron una brava pelotera.
Dióse el Pollo tal maña,
Que sacudió á mi Gallo lindamente,
Quedando ya por suya la campaña,
Y el vencido sultan de aquel serrallo
Dijo, cuando el contrario no lo oía:
«Eh! con el tiempo no será mal Gallo:
El pobrecillo es mozo todavía.»
Jamás volvió á meterse con el Pollo;
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,
Teniendo un choque con un Gallo anciano,
Guerrero veterano,
Apénas le quedó pluma ni cresta;
Y dijo al retirarse de la fiesta:
«Si no mirara que es un pobre viejo...
Pero chochea y por piedad le dejo.»
Quien se meta en contienda,
Verbi-gracia de asunto literario,
A los años no atiende,
Sino á la habilidad de su adversario.

FÁBULA XLVII.

LA URRACA Y LA MONA.

(El verdadero canal de erudición no consiste en hacinar muchas noticias, sino en recoger con elección las útiles y necesarias.)

A una Mona	Y otras muchas
Muy taimada	Zarandajas.
Dijo un día	«¿Qué tal? dijo;
Cierta Urraca:	Vaya, hermana,
«Si vieras	¿No me envidia?
A mi estancia,	¿No se pasma?
¡Cuántas cosas	A fe que otra
Te enseñará!	De mi casta
Tú bien sabes	En riqueza
Con qué maña	No me iguala.»
Robo y guardo	Nuestra Mona
Mil alhajas.	La miraba
Vén, si quieres,	Con un gesto
Y veráslas	De bellaca:
Escondidas	Y al fin dijo:
Tras de una arca.»	«Patarata!
La otra dijo:	Has juntado
«Vaya en gracia!»	Lindas mañas.
Y al paraje	Aquí tienes
La acompaña.	Quien te gana,
Fué sacando	Porque es útil
Doña Urraca	Lo que guarda.
Una liga	Si no, mira
Colorada,	Mis quiçadas.
Un tontillo	Bajo de ellas,
De casaca,	Camarada,
Una hebilla,	Hay dos buehes
Dos medallas,	Ó papadas,
La contera	Que se encogen
De una espada,	Y se ensanchan.
Medio peine,	Como aquello
Y una vaina	Que me basta,
De tijeras;	Y el sobrante
Una gasa,	Guardo en ambas
Un mal cabo	Para cuando
De navaja,	Me haga falta.
Tres clavijas	Tú amontonas
De guitarra,	Mentecata,

Trapos viejos,	Habló sólo
Y morralla;	Con la Urraca?
Mas yo, nueces,	Me parece
Avellanas,	Que más habla
Dulces, carne	Con algunos,
Y otras cuantas	Que hacen gala
Provisiones	De confusas
Necesarias.»	Misceláneas
Y esta Mona	Y farrago
Redomada	Sin substancia.

FÁBULA XLVIII.

EL RUISEÑOR Y EL GORRIÓN.

(Nadie crea saber tanto, que no tenga más que aprender.)

Signiéndolo el són del organillo un día,
Tomaba el ruiñeñor lección de canto,
Y á la jaula llegándose entre tanto
El Gorrión parlero, así decía:
«¿Cuánto me maravillo
De ver que de ese modo
Un pájaro tan diestro
A un discípulo tiene por maestro!
Porque al fin lo que sabe el organillo
A ti lo debe todo.—
A pesar de eso (el Ruiñeñor replica),
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo.
A imitar mis caprichos él se aplica:
Yo los voy corrigiendo
Con arreglarle al arte que él enseña;
Y así pronto verás lo que adelanta
Un Ruiñeñor que con escuela canta.»
«De aprender se desdena
El literato grave!
Pues más debe estudiar el que más sabe.

FÁBULA XLIX.

EL JARDINERO Y SU AMO.

(La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y de lo agradable.)

En un jardín de flores
Había una gran fuente,
Cuyo pilón servía
De estanque á carpas, tencas y otros peccs.
Únicamente al riego
El jardinero atiende,
De modo que entre tanto
Los peccs agua en que vivir no tienen.
Viendo tal desgobierno,
Su amo le reprende;
Pues aunque quiere flores,
Regalarse con peccs también quiere.
Y el rudo jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilón no mermae.
Al cabo de algun tiempo
El amo al jardín vuelve,
Halla secas las flores,
Y amostazado, dice de esta suerte:
«Hombre, no riegues tanto,
Que me quede sin peccs;
Ni cuides tanto de ellos,
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes.»
La máxima es trillada,
Mas repetirse debe:
Si al pleno acierto aspiras,
Une la utilidad con el deleite.

FÁBULA L.

LOS DOS TORDOS.

(No se han de apreciar los libros por su bulto ni por su tamaño.)

Persuadia un tordo abuelo,
Lleno de años y prudencia,
A un tordo, su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que, acelerando el vuelo,

Viniese con preferencia
Hacia una poblada viña
E hiciese allí su rapiña.
«¿Esa viña dónde está?
(Le pregunta el mozalvete),
¿Y qué fruto es el que da?
—Hoy te espera un gran banquete
(Dice el viejo), ven acá;
Aprende á vivir, pobrete,
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando.
Al verlas saltó el rapaz:
«¿Y ésta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz?
¿Qué chica! ¿qué desmedrada!
¿Ea, vaya! es incapaz
Que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
En una huerta, y mejor.—
»Veamos, dijo el anciano:
Aunque sé que más valdrá
De mis uvas solo un grano.»
A la huerta llegan ya;
Y el jóven exclama ufano:
«¿Qué fruta! ¿qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?...»
¿Y qué era? Una calabaza.
Que un tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto,
Pero es mucho más extraño
Que hombre tenido por culto
Aprece por el tamaño
Los libros, y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
Si es mala, toda ella sobra.

FÁBULA LI.

EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA.

(No basta que sea buena la materia de un escrito; es menester que también lo sea el modo de tratarla.)

Cerca de una Encajera
Vivia un Fabricante de galones.
«Vecina, ¡quién creyera
(Le dijo) que valiesen más doblones
De tu encaje tres varas
Que diez de un galon de oro de dos caras!—
»De que á tu mercancia
(Esto es lo que ella respondió al vecino)
Tanto exceda la mía,
Aunque en oro trabajas, y yo en fino,
No debes admirarte,
Pues más que la materia vale el arte.»
Quien desprecie el estilo,
Y diga que á las cosas sólo atiende,
Advierta que si el hilo
Más que el noble metal caro se vende,
También da la elegancia
Su principal valor á la substancia.

FÁBULA LII.

EL CAZADOR Y EL HURON.

(A los que se aprovechan de las noticias de otros, y tienen la ingratitud de no citarlos.)

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde de leños
A su casa volvía un Cazador.
Encontró en el camino,
Muy cerca del lugar,
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.
«Me afané todo el día
(Le dijo); pero ¡qué!
Si mejor caería
No la he logrado, ni la lograré.
»Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana;

II, PS. XVIII.

Mas mira qué gazapos traigo aquí.
»Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo este distrito
No hay cazador de más habilidad.»
Con el oído atento
Escuchaba un Huron
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansion.
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red,
Dijo á su amo: «Suplico
Dos palabritas, con perdon de usted.
»Vaya, ¿cual de nosotros
Fue el que más trabajó?
¿Esos gazapos y otros
Quiénes se los ha cazado sino yo?
»¡Patron! ¡tán poco valgo,
Que me tratan así!
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mención de mí.»
Cualquiera pensaría
Que este aviso moral
Seguramente haría
Al Cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

FÁBULA LIII.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

(Suelen ciertos autores sentar como principios infalibles del arte aquello mismo que ellos practican.)

Habia en un corral un gallinero;
En este gallinero un Gallo habia;
Y detras del corral, en un chiquero,
Un Marrano gordísimo yacia.
Item más, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía;
Y ¿quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?
Pues (con perdon de ustedes) el Cochino
Dijo un día al Cordero: «¿Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¿Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay, en esta vida miserable,
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien y dejar rodar la bola.»
El Gallo por su parte al tal Cordero
Dijo en otra ocasión: «Mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar, en Julio ó en Febrero,
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.»
Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

FÁBULA LIV.

EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

(La naturaleza y el arte han de ayudarse reciprocamente.)

Al eslabon de cruel
Trató el pedernal un día,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos,
»Quedaos, dijo, con Dios.
¿Valeis vos algo sin mí?»

Y el otro responde: «Si,
Lo que sin mí valeis vos.»
Este ejemplo material
Todo escritor considere,
Que el largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbré el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposición
Que luzca faltando el arte.
Si obra cada cual aparte,
Ambos inútiles son.

FÁBULA LV.

EL JUEZ Y EL BANDOLERO.

(La costumbre inveterada no debe autorizar lo que la razón condena.)

Prendieron por fortuna á un Bandolero,
A tiempo cabalmente
Que de vida y dinero
Estaba despojando á un inocente.
Hízole cargo el Juez de su delito;
Y él respondió: «Señor, desde chiquito
Fui gato algo feliz en raterías;
Luégo hebillas, relojes, capas, cajas,
Espadines robé, y otras alhajas;
Después, ya entrado en días,
Escalé casas; y hoy, entre asesinos,
Soy salteador famoso de caminos.
Con que, vuesañoría no se espante
De que yo robe y mate á un caminante;
Porque este y otros daños
Los he estado yo haciendo cuarenta años.»
¿Al Bandolero culpan?
Pues ¿por ventura dan mejor salida
Los que, cuando disculpan
En las letras su error ó su mal gusto,
Alegan la costumbre envejecida
Contra el dictámen racional y justo?

FÁBULA LVI.

LA CRIADA Y LA ESCOBA.

(Hay correctores de obras ajenas, que añaden más errores de los que corrigen.)

Cierta criada la casa barria
Con una escoba muy puerca y muy vieja.
«Reniego yo de la escoba (decía):
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun más ensucia que limpia la casa.»
Los remendones, que escritos ajenos
Corregir piensan, acaso de errores
Suelen dejarlos diez veces más llenos....
Mas no haya miedo de que de estos señores
Diga yo nada:
Que se lo diga por mí la criada.

FÁBULA LVII.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS.

(A ciertos libros se les hace demasiado favor en criticarlos.)

Vió en una huerta	Ojos y cuello,
Dos Lagartijas	Lomo y barriga,
Cierto curioso	Todo lo aparta,
Naturalista.	Y lo examina.
Cógelas ambas,	Toma la pluma,
Y á toda prisa	De nuevo mira,
Quiere hacer de ellas	Escribe un poco,
Anatomía.	Recapacita.
Ya me ha pillado	Sus mamotretos
La más rolliza;	Después registra;
Miembro por miembro	Vuelve á la propia
Ya me la trinchó;	Carnicería.
El microscopio	Varios curiosos
Luégo le aplica.	De su pandilla
Patas y cola,	Entran á verle:
Pellejo y tripas,	Dales noticia

De lo que observa;
Unos se abmiran,
Otros preguntan,
Otros cavilan.
Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De Lagartija.
Soltó la otra,
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas,
En donde hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Les participa.
«No hay que dudarlo,
No (las decía):
Con estos ojos
Lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un día
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quien nos trate
De sabandijas?

¿Cómo se sufre
Tal injusticia,
Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
¿No hay que abatirse,
Noble cuadrilla!
Valemos mucho,
Por más que digan.»
¿Y querrán luégo
Que no se engrían
Ciertos autores
De obras inicuas!
Los honra mucho
Quien los critica.
No seriamente,
Muy por encima,
Deben notarse
Sus tonterías;
Que hacer gran caso
De Lagartijas,
Es dar motivo
De que repitan:
«¿Valemos mucho,
Por más que digan!»

FÁBULA LVIII.

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES.

(Los que piensan que con citar una autoridad, buena ó mala, quedan disculpados de cualquier yerro, no advierten que la verdad no puede ser más de una, aunque las opiniones sean muchas.)

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos, y uno de ellos,
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó después de todos, pretendía
Disculpar su tardanza. «¿Qué disculpa
Nos podrás alegar?» (le replicaron).
El sacó su reloj, mostróle, y dijo:
«¿No ven ustedes cómo vengo á tiempo?
Las dos en punto son.—¿Qué disparate!
(Le respondieron); tu reloj atrasa
Más de tres cuartos de hora.—¿Pero, amigos!
(Exclamaba el tardío convidado)
¿Qué más puedo yo hacer que dar el texto?
Aquí está mi reloj.... Note el curioso
Que era este señor mío como algunos
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus relojes en apoyo
De la verdad. Entonces advirtieron
Que uno tenía el cuarto, otro la media,
Otro las dos y veinte y seis minutos,
Este catorce más, aquél diez menos:
No hubo dos que conformes estuvieran.
En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero á la astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado;
Y consultando luégo su infalible,
Arreglado á una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin á la contienda,
Y concluyó diciendo: «¿Caballeros!
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.»

FÁBULA LIX.

EL TOPO Y OTROS ANIMALES.

(Nadie confiesa su ignorancia, por más patente que ella sea.)

Ciertos animalitos,
Todos de cuatro piés,
A la gallina ciega
Jugaban una vez.
Un Perrillo, una Zorra

Y un Raton, que son tres;
Una Ardilla, una Liebre
Y un Mono, que son seis.
Este á todos vendaba
Los ojos, como que es
El que mejor se sabe
De las manos valer.
Oyó un Topo la bulla,
Y dijo: «Pues, pardiéz,
Que voy allá, y en rueda
Me he de meter también.»
Pidió que le admitiesen;
Y el Mono, muy cortés,
Se lo otorgó (sin duda
Para hacer burla de él).
El Topo á cada paso
Daba veinte traspies,
Porque tiene los ojos
Cubiertos de una piel;
Y á la primera vuelta,
Como era de creer,
Facilísimamente
Pillan á su merced.
De ser gallina ciega
Le tocaba la vez;
Y ¿quién mejor podía
Hacer este papel?
Pero él, con disimulo,
Por el bien parecer,
Dijo al Mono: «¿Qué hacemos?
Vaya; me venda usted?»
Si el que es ciego, y lo sabe,
Aparenta que ve,
¿Quién sabe que es idiota,
Confesará que lo es?

FÁBULA LX.

EL VOLATÍN Y SU MAESTRO.

(En ninguna facultad puede adelantarse el que no se sujeta á principios.)

Mientras de un Volatín bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: «Vea usted, señor Maestro,
¿Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso;
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
¿A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
¿Por ejemplo, este paso, esta postura
No la haré yo mejor sin el zoquete?
¿Tenga usted cuenta.... No es difícil.... nada....»
Así decía, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde.... ¡Adios! ¿Qué es eso?
¿Qué ha de ser? una buena costalada.
«¿Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! (el Maestro dijo):
¿Huyes del arte y método? ¡Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo!»

FÁBULA LXI.

EL SAPO Y EL MOCHUELO.

(Hay pocos que den sus obras á luz con aquella desconfianza y temor que debe tener todo escritor sensato.)

Esecondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo;
Y pasando no léjos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.
«¿Ah de arriba, señor solitario!
Dijo el tal esnezo:
Saque usted la cabeza, y veamos
Si es bonito ó feo.—
No presumo de mozo gallardo,
Respondió el de dentro;
Y aun por eso á salir á lo claro
Apénas me atreví;
Pero usted, que de día su garbo

Nos viene haciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero?»
«¿Oh qué pocos autores tomamos
Este buen consejo!
Siempre damos á luz, aunque malo,
Cuanto componemos;
Y tal vez fuera bien sepultarlo;
Pero ¡ay, compañeros!
Más queremos ser públicos Sapos
Que ocultos Mochuelos.»

FÁBULA LXII.

EL BURRO DEL ACEITERO.

(A los que juntan muchos libros, y ninguno leen.)

En cierta ocasión un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico, que ayudaba
En su oficio á un Aceitero.
A paso un poco ligero
De noche en su cuadra entraba,
Y de una puerta en la aldaba
Se dió el golpazo más fiero.
«¡Ay! clamó: ¿no es cosa dura
Que tanto aceite acarree,
Y tenga la cuadra oscura?»
Me temo que se mosquee
De este cuento quien procura
Juntar libros que no lee;
¿Se mosquea? Bien está;
Pero este tal, ¿por ventura
Mis fábulas leerá?

FÁBULA LXIII.

LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS.

(Es igualmente injusta la preocupación exclusiva á favor de la literatura antigua ó á favor de la moderna.)

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villavieja
No hiciese en su Mosquera
Mención de esta pelea.)
Era el caso que muchos,
Expertos y machuchos,
Con tesón defendían
Que ya no se cogían
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes,
Que se cogían antes.
En sentir de otros varios,
A esta opinión contrarios,
Los vinos excelentes
Eran los más recientes,
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejees.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundía la bodega,
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un tacho:
«Por vida del dios Baco....!»
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave):
Donde yo estoy, ninguno
Dará más oportuno
Ni más fundado voto;
Cese ya el alboroto,
A fe de buen Navarro,

Que en tonel, bota ó jarro,
Barril, tinaja, ó cuba,
El jugo de la uva
Dificilmente evita
Mi cumplida visita;
Y en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed, por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad, no lo niego;
Péro si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido;
Y al fin también había,
Lo mismo que en el día,
En los siglos pasados,
Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo,
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era.
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los beban
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia
El mal vino condeno,
Le chupo cuando es bueno,
Y jamás averiguo
Si es moderno ó antiguo.»
Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Sigan litigio eterno.
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

FÁBULA LXIV.

LA RANA Y LA GALLINA.

(Al que trabaja algo, puede disimularse que lo pregone;
el que nada hace, debe callar.)

Desde su charco una parlera Rana
Oyó cacarear á una Gallina.
«Vaya (le dijo), no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?
— Nada, sino anunciar que pongo un huevo.
— ¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tanto!
— Un huevo solo; sí, señora mía.
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oírte cómo graznas noche y día?
— Yo, porque sirvo de algo, lo público;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.»

FÁBULA LXV.

EL ESCARABAJO.

(Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada á los que se
entregan al estudio de una erudición pesada y de mal gusto.)

Tengo para una fábula un asunto,
Que pudiera muy bien, pero algún día
Suéle no estar la musa muy en punto.
Esto es lo que hoy me pasa con la mía;
Y regalo el asunto á quien tuviere
Más despierta que yo la fantasta;
Porque esto de hacer fábulas requiere

Que se oculte en los versos el trabajo,
Lo cual no sale siempre que uno quiere.
Será, pues, un pequeño Escarabajo
El héroe de la fábula dichosa,
Porque conviene un héroe vil y bajo.
De este insecto refieren una cosa:
Que, comiendo cualquiera porquería,
Nunca pica las hojas de la rosa.
Aquí el autor con toda su energía
Irá explicando, como Dios le ayude,
A quella extraordinaria antipatía.
La mollera es preciso que le sude
Para insertar despues una advertencia
Con que entendamos á lo que esto alude;
Y según le dictare su prudencia,
Echará circunloquios y primores,
Con tal que diga en la final sentencia:
Que así como la reina de las flores
Al sucio Escarabajo desagrada,
Así también á góticos doctores
Toda invencion amena y delicada.

FÁBULA LXVI.

EL RICOTE ERUDITO.

(Descubrimiento útil para los que fundan su ciencia únicamente
en saber muchos títulos de libros.)

Hubo un Rico en Madrid (y aun dicen que era
Más necio que rico),
Cuya casa magnífica adornaban
Muebles exquisitos.

«¡Lástima que en vivienda tan preciosa
(Le dijo un amigo)
Falte una librería, bello adorno,
Util y preciso!»

«Cierito, responde el otro. ¡Que esa idea
No me haya ocurrido!...
A tiempo estamos. El salon del norte
A este fin destino.

«Que venga el ebanista y haga estantes
Capaces, pulidos,
A toda costa. Luego trataremos
De comprar los libros.»

Ya tenemos estantes. «Pues ahora,
El buen hombre dijo,
¡Echarme yo á buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!
«Perderé la chabeta, saldrán caros,
Y es obra de un siglo...
Pero ¿no era mejor ponerlos todos
De carton fingidos?»

«Ya se ve. ¿Por qué no? Para estos casos
Tengo un pintorello
Que escriba buenos rótulos, é imite
Pasta y pergamino.»

Manos á la labor. Libros curiosos,
Modernos y antiguos,
Mandó pintar, y, á más de los impresos,
Varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que, aprendiendo los rótulos de muchos,
Se creyó erudito.

Pues ¿qué mas quieren los que sólo estudian
Títulos de libros,
Si con fingirlos de carton pintado
Les sirven lo mismo?»

FÁBULA LXVII.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

(No confundamos la buena crítica con la mala.)

«Aunque las dos picamos (dijo un día
La Víbora á la simple Sanguijuela),
De tu boca reparo que se fia
El hombre, y de la mía se recela.»

La Chupona responde: «Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida;
Tú, picando al más sano, le das muerte.»

Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Péro á fe que hay bastante diferencia
De un censor útil á un censor maligno.

GÉNEROS DE METRO

USADOS EN ESTAS FÁBULAS.

1. Alejandrinos de catorce sílabas. Fábula x.
2. Parcados de trece y de doce sílabas á la francesa. Fáb. VII.
3. Octavas de arte mayor. Fáb. XXXIX.
4. Endecasílabos agudos de arte mayor. Fáb. XXV.
5. Endecasílabos pareados. Fáb. XLIV.
6. Endecasílabos pareados esdrújulos. Fáb. XLII.
7. Soneto. Fáb. XXXII.
8. Tercecos. Fáb. LXV.
9. Octavas endecasílabas. Fáb. LIII.
10. Sextinas ó sextas rimas. Fáb. LXIV.
11. Cuartetos endecasílabos. Fáb. LX.
12. Serventesios ó cuartetos endecasílabos con los consonantes alternados. Fáb. LXVII.
13. Silva. Fábulas II, IV, VI, IX, XII, XV, XVII, XIX, XXI, XXIV, XXVIII, XXX, XXXVII, XLI, XLVI, XLVIII y LV.
14. Endecasílabos con acento en la cuarta y séptima sílaba y pié quebrado. Fáb. LVI.
15. Romance heroico. Fábulas XXXIII y XXXV.
16. Endecasílabos sueltos. Fáb. LVIII.
17. Endecasílabos con quebrados de seis sílabas. Fábula LXVI.
18. Liras de seis versos. Fáb. LI.
19. Cuartetos decaesílabos. Fáb. XVI.
20. Versos de diez sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes. Fáb. LXI.
21. Romance en versos de nueve sílabas. Fáb. XIV.
22. Tercecos en versos de ocho sílabas. Fáb. XVIII.
23. Sonetillo con estrambote. Fáb. LXII.
24. Décimas. Fáb. LIV.
25. Octavas en versos de ocho sílabas. Fáb. L.
26. Quintillas. Fábulas XXII y XXIII.
27. Redondillas. Fábulas XX y XXIX.
28. Redondillas con los consonantes alternados. Fábulas III y XXXVIII.
29. Pareados de ocho sílabas. Fáb. XXVII.
30. Romance. Fábulas V, XXVI, XLIII y XLV.
31. Versos de ocho sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes. Fáb. XXXIV.
32. Romance con quebrados de cuatro sílabas. Fábula XXXI.
33. Endechas de siete sílabas. Fábulas I, XIII y LIX.
34. Endechas reales. Fáb. XLIX.
35. Endechas reales con consonantes. Fáb. LII.
36. Parcados de siete sílabas. Fáb. LXIII.
37. Seguidillas. Fáb. XL.
38. Endechas de seis sílabas ó versos de redondilla menor. Fábulas VIII, XI y XXXVI.
39. Romancillo en versos de cinco sílabas. Fáb. LVII.
40. Romancillo en versos de cuatro sílabas. Fáb. XLVII.

FÁBULAS AÑADIDAS.

NOTA.

Entre la variedad de opúsculos, apuntamientos y proyectos de obras que DON TOMAS DE IRIARTE tenía premeditados, y se han recogido á su fallecimiento, existe una copiosa serie de pensamientos, ideas y planes para fábulas, principalmente literarias y críticas. Algunas dejó empezadas en verso, y algunas extendidas en prosa.

Sólo dos se han encontrado concluidas en metro: la primera contra los que afectadamente usan de pa-

labras anticuadas, vicio ya ridiculizado en la fábula xxxix de *El Retrato de golilla*, y la segunda, compuesta en un intervalo de su última enfermedad, sobre la incertidumbre ó insuficiencia del arte médica.

Para satisfacer los deseos de personas que se distinguen en el aprecio general que tan célebre ingenio debe á la nación, se añadirán aquí ambas fábulas, como también una de las que dejó bosquejadas y en prosa, y alude á la sátira ó libelo personal intitulado *El Asno erudito*, en que prorumpió la envidia literaria, descubriendo cuánto la irritaba el singular talento del autor de las fábulas literarias, y con que además quiso el propio compositor de aquel folleto despicarse de no haber logrado elogios, ántes mendigados por él, y no merecidos ni obtenidos, á favor de unos discursos que despues estampó, y han desaprobado igualmente escritores y críticos sensatos.

ADVERTENCIA.

Esta nota que precede se puso en la cuarta edición de las fábulas. Ahora se añaden á las dos citadas, seis fábulas más, que se han encontrado al examinar, para la presente edición de las obras de DON TOMAS DE IRIARTE, los borradores ó minutos que se han podido preservar de la mano infiel que distrajo y usurpó varios escritos originales del autor, pocos momentos despues de espirar.

FÁBULA PRIMERA.

EL RICACHO METIDO Á ARQUITECTO.

(Los que mezclan voces anticuadas con las de buen uso, para acreditarse de escribir bien el idioma, le escriben mal y se hacen ridiculos.)

Cierito Ricacho, labrando una casa
De arquitectura moderna y mezquina,
Desenterró de una antigua ruina,
Ya un capitel, ya un fragmento de basa,
Aquí un adorno y allá una cornisa,
Media pilastra y alguna repisa.
Oyó decir que eran restos preciosos
De la grandeza y del gusto romano,
Y que arquitectos de juicio muy sano,
Con imitarlos se hacían famosos.
Para adornar su infeliz edificio,
En él á trechos los fué repartiendo.
¡Lindo pegote! ¡gracioso remiendo!
Todos se rien del tal frontispicio,
Ménos un quidam que tiene unos léjos
Como de docto, y es tal su manía,
Que desentierra vocablos añejos
Para amasarlos con otros del día.

FÁBULA II.

EL MÉDICO, EL ENFERMO Y LA ENFERMEDAD.

(Lo que en medicina parece ciencia y acierto, suele ser efecto de pura casualidad.)

Batalla el enfermo	Sin haber certeza
Con la enfermedad,	De quién vencerá.
El por no morirse,	Un corto de vista,
Y ella por matar.	En extremo tal,
Su vigor apuran	Que apenas los bultos
A cual puede más,	Puede divisar,